

LA ISLA DEL VOLCÁN

Ramón Villeró

La isla del volcán

Autor: Ramón Villeró

Diseño de la cubierta: Viajes Magazine

© Ramón Villeró

Primera edición. enero 2012

ISBN: 978-99920-1-866-8

PRIMERA PARTE

La ciudad

La vida es un puente. Crúzalo, pero no construyas una casa encima

(Proverbio indio)

1

Nicolás ama el silencio; huye de la gente porque tiene la facultad de escuchar los pensamientos ajenos. Tan solo la lejanía, el no tener a una persona cerca, le permite vivir su propio silencio.

Al principio fue algo que sucedía en una película: los ángeles volaban sobre el cielo de Berlín. Eran ellos quienes vigilaban a los hombres y leían sus pensamientos, hasta los más íntimos; ángeles pacientes que a menudo se veían desbordados por la temeridad de la gente.

Pero Nicolás no es un ángel. Nicolás es un hombre que vive en una ciudad del sur de Europa. Recuerda que vio la película y al día siguiente se encontró practicando un sencillo juego. El hombre quiere ser igual que los ángeles y trata de leer el pensamiento de los demás.

—Piensa un número del uno al mil —le dice a su mujer—. Escríbelo en un trozo de papel y luego proyéctalo mentalmente

Tras una pausa, dice:

—Bien, voy a adivinarlo. El ciento veintisiete.

Ella despliega el papel: ciento veinte.

Tres días más tarde, Nicolás acierta por primera vez, y a partir de este momento varias veces más. Luego prueba con colores, nombres, perfumes, ciudades, países, mares y cada vez acierta con mayor frecuencia.

Una noche estirado en la cama junto a su mujer la lee.

—Sé lo que estás pensando —dice.

—¿Qué? —ríe ella.

—Una tontería: piensas en que hace casi una semana que no hago el amor contigo.

—No es verdad.

—Sí, es verdad.

—No, no es verdad: te equivocas.

2

Entra en un bar del centro de la ciudad. Su incipiente capacidad empieza a inquietarle y quiere probar con gente desconocida. En la barra pide una cerveza y va a sentarse a una de las pocas mesas libres. Son las once de la noche. En la mesa de al lado unos jóvenes charlan. El grupo lo forman cuatro hombres y tres mujeres. Hablan apasionadamente. Nicolás concentra su atención en uno de los muchachos que interviene pocas veces en la tertulia; el joven toma entre sus manos la mano de la chica que se sienta junto a él; parece más pendiente de la mujer que de la conversación que mantienen sus amigos.

Nicolás cierra los ojos; no busca un número, ni una ciudad, ni un color. Escucha con atención. Abre los ojos, nadie se fija en él y vuelve a cerrarlos. La música del local y la discusión de los jóvenes forman una mezcla espesa, casi ridícula.

¿Porqué siempre quiere decir la última palabra ? La pregunta surge solitaria en la noche, al margen de la algarabía que predomina en el bar. ¿Es un pensamiento leído? El muchacho mira a su amiga. Ella interviene acaloradamente en la conversación de la mesa. *¡Por Dios! ¿Cómo puedes decir esto?*, piensa él.

Nicolás cambia de persona; ahora es a ella a quien acecha. La muchacha quiere intervenir en la conversación pero es fácil observar que apenas escucha. Su pensamiento permanece oculto para Nicolás. En cambio, no resulta demasiado complicado regresar al pensamiento del joven. Sigue pendiente de la chica: *Vámonos de aquí. Es hora de que estemos solos.*

3

¿Imagina que lee los pensamientos o realmente los lee? Entre sus amigos y en el trabajo juega a adivinar números, colores y ciudades. Durante un par de semanas la oficina se convierte en un banco de pruebas. Nicolás se da cuenta de que es fácil acertar preguntas sencillas: la ciudad, el mar, el país. Va un poco más allá y se atreve a indagar en los pensamientos. Las preguntas son coloquiales y no desenmascaran su verdadera intención.

—¿En qué estabas pensando? —pregunta a sus compañeros.

Casi siempre cuando el pensamiento no es comprometido, el interlocutor responde con la verdad:

—Pensaba en el próximo fin de semana. Voy a ir con la mujer y los niños a la playa.

En cambio cuando el pensamiento es íntimo y secreto, la respuesta acostumbra a ser falsa.

Juan Maldonado, su director y amigo es el principal interlocutor en el juego. Cuando al mediodía salen juntos a comer, Nicolás intenta hacerle partícipe de su descubrimiento. Juan, sin embargo, no presta demasiada atención; adivinar es para él un juego de niños, y, a pesar de que le sorprende que Nicolás pueda penetrar en algunos de sus pensamientos, atribuye tal habilidad a una cuestión de suerte o de perspicacia. *Sabe lo que pienso porque me conoce demasiado.*

4

Elisa, su mujer, no le quiere. Mienten los ojos, miente la mirada, mienten los labios, miente de palabra. Cuando Nicolás se lo pregunta, ella dice que le quiere; sin embargo, el pensamiento es claro: no le quiere. Nicolás lee el pensamiento de su mujer: Elisa no le quiere; al menos no le quiere como un hombre desea ser amado por una mujer.

Él empieza a descubrir su propia fragilidad. El juego es peligroso. A partir de este momento nadie debe saberlo. Tampoco Elisa.

No va a decir la verdad y ahora es él quien miente a propósito. Mentir es una forma natural de protegerse, de esconder su aptitud.

—¿Piensa un color ?

—¿Otra vez con el jueguecito ?

—Me divierte.

—¿Hace falta que lo escriba en un papel, o te fías de mí ? —pregunta Elisa.

—No, no hace falta, pero concéntrate en un color.

Ella obedece a su marido. Imagina una pantalla blanca y la tiñe de azul.

Nicolás la ve, dice:

—Rojo.

—Te has equivocado; era azul. Estás perdiendo facultades.

—A lo mejor solo fue suerte.

—Es posible; tampoco vale la pena perder el tiempo en tonterías.

—Tienes razón.

Quizá, si Nicolás hiciese caso a Elisa aún estaría a tiempo de escapar al juego que él mismo está creando. Es consciente de su peligrosidad, intuye

el peligro. Si ahora hiciese caso a Elisa, Nicolás podría pensar que la indiferencia leída en la mente de su mujer es solo imaginada, un producto de su estúpido juego. ¿Por qué no creer que Elisa le quiere, si ella dice que le ama ? ¿Por qué negar la evidencia de sus besos? ¿No sería mucho más sencillo creer en ella?

5

Acostado al lado de su mujer no puede dormir. Elisa tampoco. El calor estival llena la estancia. Están estirados en la cama de matrimonio. Siente una vez más la presencia del juego, pero, ahora, en lugar de concentrarse en lo que debe estar pensando su mujer, se mantiene relajado y alerta, como flotando por la habitación.

Elisa lleva un vestido de algodón blanco, por encima de las rodillas. Va descalza y está en una tienda de ropa. La mujer que la atiende le sonrío y alarga su mano hasta acariciarle la mejilla. Elisa sonrío a su vez y todo su cuerpo deviene sensual.

Se atreve con una pregunta inocente:

—¿En qué piensas?

Elisa responde a medias:

—Esta tarde he estado en la tienda de Marisa; me acordaba de un vestido...

Nicolás percibe que el pensamiento también está hecho de imágenes. Esta es la primera vez que en lugar de leer frases, ve imágenes; de esta manera, reflexiona, parece mucho más fácil entender un pensamiento. También es más fácil imaginar porqué su mujer no le quiere; cuál es la razón de su ausencia de amor.